

El estudiante de biblioteca

CELIA ESTEPA ESTEPA

El estudiante de biblioteca es un tipo de lo más normal, de tarde o de mañana en la biblioteca, nunca explora más allá de la sala de estudio. Nada más llegar, otea el horizonte de asientos sin huésped y saluda con leve mueca y movimiento al anfitrión, mientras busca en la mesa compartida un lugar para su enchufe. Todavía lo separan de su tarea unos minutos en que, para distraer la mirada, la pasea por entre las mesas vecinas. Nada nuevo bajo el flexo: mismas caras, mismos cocos; porque el de estudiante, todo hay que decirlo, es un oficio constante con un único propósito: apro...

Por fin, ajustándose bien los cascos —dispuesto a no rompérselos—, despliega la pantalla y empiezan sus interminables excursiones por el teclado del ordenador en busca de no se sabe qué referencia bibliográfica para el próximo trabajo. A menudo, nuestro estudiante, cansado y desorientado, cambia este ejercicio por el deslizamiento de la terca barra de *scroll* de su móvil.

Verlo en este estado, en la más injustificada tranquilidad, no es raro. Ha dejado que sus redes se ocupen de escribir su biografía, que *Instagram* y *Facebook* publiquen su *omnifacético* retrato. Tras la merecida pausa, nuestro estudiante vuelve, aunque resignado, a su tarea para paradójicamente suspender la búsqueda y escribir un correo salvavidas a su profesora demandando la indispensable bibliografía.

Tan solo unos minutos después, demostrándose la sempiterna disponibilidad del profesor universitario, recibe... ¡¡HORROR!! No es lo que esperaba: se trata de firmas topográficas. Un intenso vértigo se apodera de su ánimo; tendrá que bajar al depósito de la biblioteca. Nunca en los años de carrera que arrastraba lo había hecho. Siente pereza, pero no le queda otra opción si quiere conseguir su propósito; así que se colma de voluntad y baja, primero, el puñado de escalones; después, el circuito de rampas que conducen, al fin, a la entrada del depósito. Una vez allí, nuestro héroe trata de aclimatar sus ojos, secos e irritados por la pantalla del móvil, a la tenue luz del sótano, y sus pulmones, a la cantidad de oxígeno, que, según se adentra, va disminuyendo. Durante un breve tiempo, dirige una mirada confusa y zigzagueante por las interminables filas de libros, sin comprender el sistema de ordenación del laberíntico sótano, hasta topar con una huidiza y sigilosa figura entre las estanterías. Es la bibliotecaria, que hacía ya unos minutos que lo observaba pensando en su maldita mala suerte: le había tocado otro estudiante

de biblioteca. Salvado el primer sobresalto, nuestro héroe decide abalanzarse sobre ella en busca de ayuda. No sabe interpretar ese entramado de números y letras conjurados por la madre de Satanás —le explica—, y mucho menos orientarse por entre los estrechos pasillos saturados de libros. Ya se piensa a salvo cuando, sin demasiada disposición, la bibliotecaria le da las directrices necesarias para encontrar los ejemplares que buscaba. Pero reservada a los ojos de la bibliotecaria, que fisgoneaba con el rabillo del ojo mientras colocaba una gran pila de libros devueltos, quedará la aventura de nuestro héroe, al que tres cuartos de hora después vemos subir las escaleras del depósito, con la cabeza gacha, ocupado en recuperar la señal wifi de su móvil, mientras sujeta contra su costado los recónditos volúmenes. Jamás pensó que podría encerrarse aquel infinito en un depósito de libros...

Concluida la operación de préstamo y arrojada la capa del héroe, vemos finalmente a nuestro estudiante atravesar el umbral de la biblioteca con una única promesa: volver... a devolver los libros.

